

En los tiempos del ayer

La heroína de Monreal

Gregorio A.

El primer sentimiento que despierta una mujer es la admiración. Cuando uno la admira, luego la venera, la ama o la apetece. Pero cuando una mujer nos resulta extraordinaria por su inteligencia, nos sentimos cautivados; pero hay otra cualidad más sublime en la mujer, es la del valor, al que generalmente marcamos con signo masculino. Y es que la belleza es relativa y efímera, la inteligencia es real y el valor es la sublimación de todas las cualidades que una mujer pueda poseer. Por eso yo siempre fui, más que un admirador, un enamorado de Rafaela Francisca Latorre y Latasa, una joven de Monreal que en el año 1840, con sus 24 años de edad, fue una auténtica heroína de las guerras carlistas.

Repudio el olvido en el que hemos tenido siempre a esta valerosa hija de Monreal del Campo. Todos hablamos de Agustina de Aragón. Así llamamos a una mujer a la que damos ese apellido que ni era el suyo, ni Aragón su tierra de nacimiento; no quiero restar méritos al hecho de disparar un cañón. Está bien ensalzar todo lo que redunde en prestigio de nuestra tierra aragonesa, me duele que dejemos en segundo lugar a Casta Alvarez o nos olvidemos de heroínas como nues-



Casta Alvarez y Barlo

tra Rafaela Francisca Latorre y Latasa, gracias a cuyo herpeador establecieron sus tratados.

roísmo, los carlistas no pudieron conquistar Monreal y tuvieron que conformarse con incendiar 100 viviendas de la histórica Villa donde el Emir de Albarracín y el Cam-

Nació, nuestra heroína en Monreal, era el día 24 de octubre del año 1812. Hacía unos meses que el Canónigo Penitenciario de nuestra Catedral, Mosén Vicente Pascual, había firmado como Presidente de las Cortes de Cádiz, la famosa Constitución del día de San José (La Pepa) que fue el inicio de las luchas civiles que logran dividir los campos con la guerra de los 7 años entre Carlistas y Liberales. Cabrera no reconoció el convenio de Vergara y se estableció en Cantavieja devastando el territorio; en septiembre de 1839 cayó sobre Monreal destruyendo la iglesia, su torre y las casonas ilustres del pueblo.

Estos son los hechos que moldearon para el heroísmo a esta ilustre mujer a quien los que la conocieron describen como una morena airosa e inquieta, de cuerpo proporcionado y grandes ojos, bella y virtuosa tanto de doncella como después de esposa. Nacida en un hogar de humildes labradores, estuvo presente en las luchas y destrucciones de Monreal.

Por eso cuando, ya firmada la paz, el 6 de mayo de 1840, se presentó la división de Balmaseda y Palillos, al frente de seis mil hombres, que con su artillería, acamparon en los llanos de Monreal, que había sido sitiada y que defendían no más de cincuenta vecinos, apoyados en el Castillo que fuera derruido en la lucha anterior. Los carlistas pensaron que la conquista sería fácil, dada la dife-

rencia de número entre atacantes y defensores; pero Rafaela mandó izar la bandera negra de victoria o muerte, y los de Monreal causaron muchas bajas a los atacantes, capitaneados por nuestra heroína, que empuñando el trabuco, sembraba la mortandad entre los grupos atacantes. La lucha duró 16 horas y fue tan dura, que los carlistas tuvieron que desistir de ataque y se retiraron, no sin cometer la cobardía de incendiar un centenar de casas, perdiéndose una gran cantidad de obras de arte que llenaban las hidalgas mansiones del lugar.

A Rafaela se le concedió la Cruz de San Fernando y el privilegio de llevar armas de por vida. Pero ahí acabó todo, pasado el primer fervor, todo se olvidó, hasta una pensión que le fuera otorgada, nunca se le pagó.

La heroína de la guerra no dejó de serlo ya, y la que había vivido con la heroicidad, demostró que lo era hasta la muerte. En 1855, se desató una epidemia de cólera y Rafaela fue la primera en atender a los afectados, hasta que contagiada por la enfermedad, murió en el mes de junio de este año 1855, llevándose al menos el recuerdo agradecido de sus convecinos.

Y después nada. Fue un caso más de los que puede Teruel enumerar a través de su historia. Títulos y más títulos en el momento del heroísmo, después se pasa la página y el olvido. Ni siquiera una calle que mantenga su recuerdo.

En ese ambiente de crispación, de electoralismo, y de cansancio que en muchos órdenes de la vida española, se observan a nuestro alrededor y que afecta a aspectos vitales -la fe en la justicia, en los políticos, en los economistas y sobre todo en unas instituciones que se están tergiversando por quienes más obligados están a hacerlo- traigo una grata noticia. No se han hecho eco los medios de comunicación. No resulta escandalosa, ni hiriente. Es gozosa. Pero apenas se conoce:

En el llamado "Campo de Bello-Laguna de Gallocanta", entre las provincias de Zaragoza-Teruel, más acá de las parameras de Molina de Aragón, hay dos pueblos, pequeños, distantes unos cinco kilómetros. (En otros tiempos de la Comunidad de Daroca). Los conocí en mi infancia, cuando mosén Jesús -mi tío sacerdote de la generación del 27- regentaba como párroco de Bello y Odón. (En algún momento, cuando la guerra civil, tenía a su cargo también Las Cuerdas, cercana al campo de aviación que hubo que improvisarse para la reconquista de Teruel, conocido por el aeródromo de Calamocha-Bello, de donde partían las escuadrillas del laureado García Morato, cuyas dotaciones se alojaban en Daroca).

Pues bien; la Revista Internacional de las Escuelas Pías, l'Ephemerides Calasantianae, de diciembre 1995, se ha hecho eco de un homenaje a seis escolapios de Odón (alrededor de 100 habitantes), y a los que se ha dedicado un "peirón", que es un monumento de piedra o ladrillo, señalizador de caminos y rutas, que lleva en la parte final de la torreta, una capillita, en este caso con "San José de Calasanz". (el pintor de esta tierra, Antonio María Almazán, tengo un "óleo" con otro "Peirón" medieval que le ha estado dando señal de identidad a este pueblo turolense).

Como un cuadro de honor, doy los nombres de tales Escolapios, como

Los escolapios de Odón y Bello

educadores, como evangelizadores de la "Piedad" y de las "Letras". Son: el P. Mariano del Val ("Cristo Rey" de Zaragoza); Justino Bello (Logroño); su hermano Damián (Jaca); Secundino Comín (Alcañiz); Teodoro del Val (hasta hace poco delegado general, y animador de los "Jardines de San José de Calasanz" en el barrio de Argüelles), actualmente en Gandía; y Juan Manuel Hernández, fallecido en ese año 1995, con una larga trayectoria en Hispanoamérica, tras ser capellán castrense en la zona norte de España. (Le conocí cuando el "tío Jesús" subía a Odón a suplir a mosén Venancio, y luego siendo yo monaguillo de las Escolapios de San Roque, en la posguerra, más tarde en Soria). De una gran humildad y sabiduría. Sus familias eran germen de vocaciones, pero la "señora Dionisio", padre de otro escolapio anterior, era un alma apostólica singular. (V. n.ob. "La generación sacerdotal del 27". Ed. Atenas, 1994).

Y de Bello, colindante con Odón, de algo más de 500 habitantes, están los hermanos Negro, Jesús (Argentina); Javier (Zaragoza); Fernando (Camerún); y Rafael Hernando (en el Calasanz de la calle Sevilla de Zaragoza).

Ahora que tanta sociología empírica y sofisticada se hace -incluso de carácter religioso- sería un buen tema, en 1995, estudiar esas vocaciones, esas familias, esos escolapios, fenomenales, estupendos. (Conozco a la mayor parte). Hay secularización, hay muchos "diagnósticos", y a veces "proyectos". Pero en Odón y en Bello, han nacido esos diez escolapios, que están por toda España, América y en África. ¡Qué no dirán los niños, las familias, los colegios, los educadores, sobre esta promoción sacerdotal escolapia!. ¡Qué riqueza hu-

mana y espiritual más hermosa! Los pueblos de los que son oriundos -Odón y Bello- bien se merecen una atención especial, por ese filón de oro, espiritual y humano, fuente de riqueza para una sociedad, desertizada en amor, en justicia, en paz y en solidaridad.

Esos pueblos forman parte de esa zona agreste dura, pobre, desolada, maleza, que se extiende hasta La Yunta y Campillo, ya en el camino de Molina de Aragón (Guadalajara), de donde habrán salido quizá un centenar de escolapios, algunos de los cuales trataron en Nápoles a Carlos III, y a quien abrieron las puertas de sus Colegios, por la "ilustración" que envolvía al Rey de las Españas. Desaparecidos los Colegios clave de Daroca (Zaragoza), Albarracín (Teruel) y Molina de Aragón (Castilla), esos diez escolapios vienen a ser retoños vivos, singulares, elocuentes, como brasas entre cenizas, capaces de dar luz y fuego, al menor soplo de Fe y de vocación escolapia. Y calidad de enseñanza, desde la entrega de sus vidas a los niños y a las familias.

Me uno como intelectual, jurista y exalumno -uno más desde Pablo Iglesias a Goya; desde Mingote a Camón Aznar, etc.- al recuerdo gratitud y homenaje la Escuela Pía. Y prometo conocer y acercarme al "peirón" de Odón, desde el que se divisará un paisaje recio, sobrio, agreste, pero lleno de calor, humano-divino. Porque de allí han salido esos grandes educadores actuales, que no están en la mera historia, sino en el amanecer de cada día, español y cristiano. Pese a la atonía, la crispación, o la desesperanza. ¡Adelante, Escuela Pía de Aragón!.

J.L. Medel y Bello
Premio Nacional de Literatura

